

LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ



LAS TRES GRACIAS

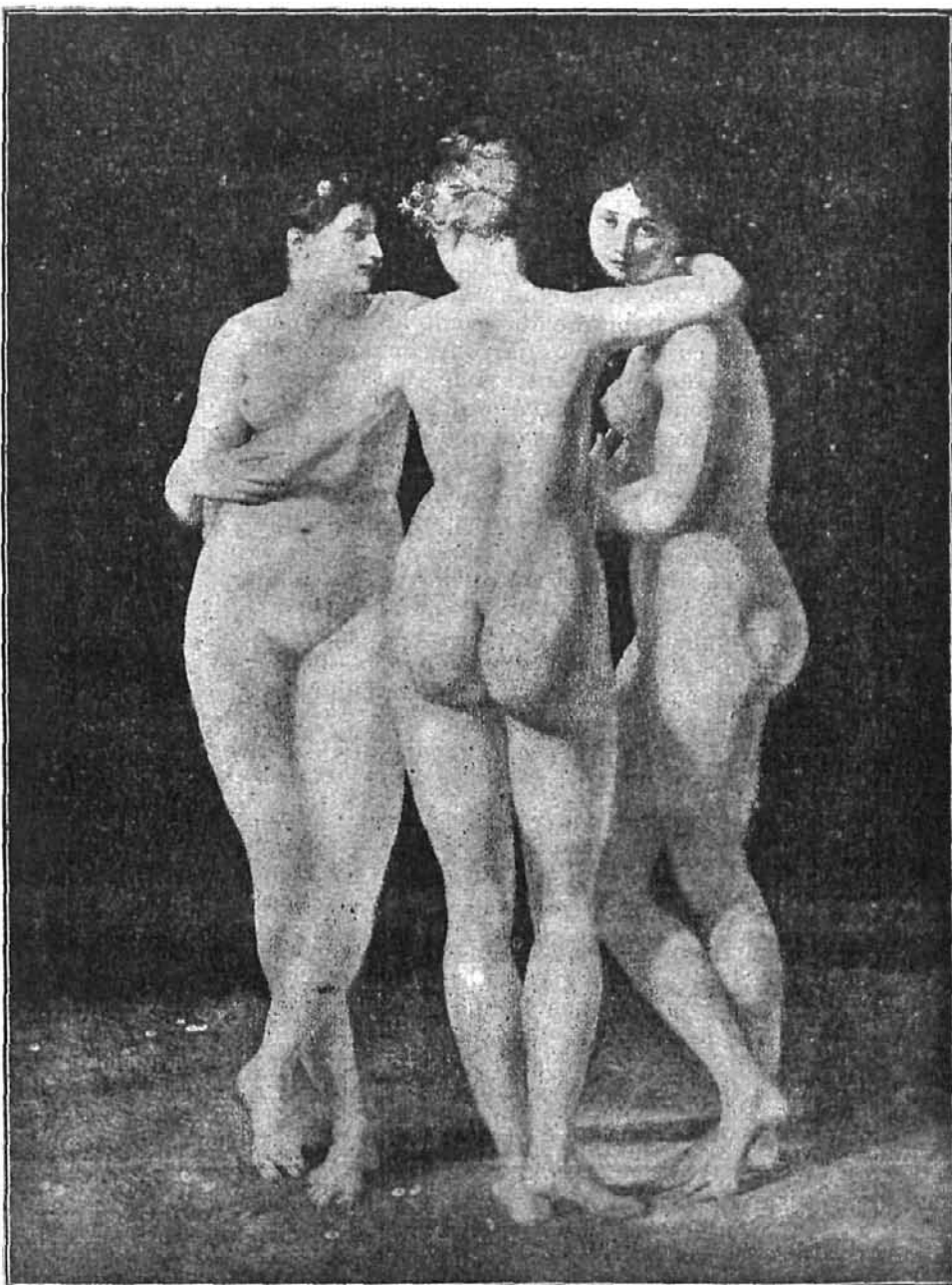
Se llamaban Aglae, Eufrosina y Talia; eran hijas de Baco y de Venus según unos, y de Júpiter y Juno según otros, y son una de las creaciones artísticas más prodigiosas del espíritu helénico.

Raro fué el templo griego que no tuvo un altar consagrado á las Tres Gracias.

Aglae era la menor y su influjo daba viveza y brillantez á los ojos; Eufrosina, la mediana, y Talia la musa que presidía á la comedia; de ella y de Apolo nacieron después las caribantes, ó sacerdotisas de Cibeles. Apesar de los vaivenes de la historia, de las luchas religiosas, de las diferentes teorías estéticas que los filósofos han compuesto desde Aristóteles hasta Hegel y Schopenhauer, y de la hondísima revolución que en todas las esferas del pensamiento causó el misticismo cristiano, las Tres Gracias se conservan aún, como un triunfo incontestable, abrumador, del paganismo.

Aglae, Eufrosina y Talia, simbolizan cuanto hay de más depurado y exquisito dentro de la belleza: lo arquetipo, en suma, de la hermosura plástica y de la perfección moral; de eso inexplicable, rasgo prodigioso de los espíritus delicados, que juguetea en los labios y resplandece en los ojos y alegra el semblante con un íntimo effluvio luminoso.

Los cuadros más notables que se conservan de las Tres Gracias son el de Rubens, que está en el Museo de Madrid, y el de Regnault, expuesto en el Museo del Louvre. Siempre se las representa del mismo modo, desnudas y abrazadas, incitantes y coquetonas como encarnación misma que son del arte y de la femenil gentileza, y pregoneras seductoras de aquel gran pueblo griego, cuyo influjo, lo mismo en literatura que en artes, se dejará sentir perpetuamente.



“LAS TRES GRACIAS, POR REGNAULT. (Museo del Louvre.)

15 CÉNTIMOS



He leído en alguna parte, en las obras de Lamartine, tal vez, que estando cierto día el filósofo y poeta persa Hafiz, descansando á la sombra de los plátanos sembrados junto á la rumorosa fuente de Chiráz, embriagándose simultáneamente con los perfumes de su copa, las canciones de las cortesanas, los impúdicos anadeos de las bailarinas y los dulces ojos de su joven esposa Leila, lucero incomparable y deslumbrador de las latitudes orientales, le preguntó uno de sus amigos: —Hafiz, ¿qué es embriaguez?

El poeta concluyó de apurar la copa que había quedado suspendida entre la mano y los labios, contempló con sensual arrobo la boca encendida de Leila, aspiró lentamente el perfume de las flores de limonero y de jazmín que tapizaban el suelo, y repuso después de algunas vacilaciones: —Ignoro lo que sea la embriaguez, pero te aconsejo que te embriagues.

Cogió entonces de la alfombra uno de los ramos con que los esclavos habían embellecido la mesa nacrada del festín y coronado los jarrones, y dándoselo á oler á su amigo, añadió: —Contéstame tú ahora y descubre, si puedes, en la esencia que despide ese ramillete los mil diversos perfumes de que su perfume desconocido se compone, y explícame lo que hay de saludable y ponzoñoso en el invisible aliento de las flores.

El interrogado permaneció perplejo largo rato y después de mucho olisquear el ramo, repuso: —No acierto á descubrir lo que tal vez encierren de saludable ó de mefítico, porque no puedo quintesenciar lo que por su extremada sutileza escapa á la acción de mis ojos y de mis dedos, pero los colores son magníficos, el perfume deleitoso, la fragancia exquisita....

—¡Déjame, pues, vaciar mi copa y mirar á Leila!— exclamó entonces Hafiz, cerrando los ojos para mejor disfrutar de su doble delirio....

*
*
*

¿Dices que no puedes ser feliz, ni sobreponerte á tus recuerdos y á tus dolores?....

¿Por qué?

Sigue el consejo del persa Hafiz, el poeta del amor, vacía tu copa y olvida, ya que el Destino tuvo el feliz acuerdo de poner al alcance de nuestras manos el remedio infalible de todo mal.

¿No has oído hablar del Leteo, aquel río milagroso que, según la trilogía dantesca, separa el Paraíso del Purgatorio, y cuyas aguas tienen la rara virtud de purificar á las almas de todo pecado y de arrancar del ánimo la nefanda cizaña de los recuerdos?.... Pues no olvides que el manantial del río del olvido, está aquí, en los pámpanos que la ubérrima Naturaleza plantó en los anchos campos bañados de sol.

El Leteo no es un símbolo huero, sino una dulcísima realidad que fluye ofreciendo en su corriente aromosa, perfumes de Malvasía, irisaciones de Jerez y

espumarajos de Champagne. El remedio, por tanto, de tus pesadumbres, está en tu mano, puesto que el río bienhechor del olvido, es un río de mosto.

Cansado peregrino que cruzas por el mundo arrasando la estéril melancolía de tus desencantos, oye el sabio consejo de Hafiz: ¡bebe y olvida!....

Si el Destino aciago nos sirve la eternidad de la muerte en un segundo, también le plugo consolarnos de tanto rigor presentándonos los más refinados deleites compendiados y reducidos con pasmoso artificio en una copa.

Esa copa libertadora es el talismán mágico de todas las venturas; en ella chispean los puntos de fuego que caldean la fantasía de los poetas y provocan el incendio fecundo de la inspiración; allí encuentra el músico armonías, valor los tímidos, regocijo el triste y sobrehumano esfuerzo los fatigados y los débiles.

«Hay que saber beber», decía Hoffmann, aquel talentoso alcoholizado que se jactaba de regular el poder imaginativo de su cerebro con una corriente de vino.

Sí, debe aprenderse á beber. Yo no predico el abuso del vino, porque la borrachera es vicio estúpido que degrada y embrutece á quien lo practica, aniquilando su sensibilidad y escandeciéndole las entrañas con un fuego sordo, íntimo; un fuego venenoso que calcina sin producir llamas: pero si definiendo ese estado de divina sobreexcitación que, sin llegar á la borrachera desmañada y torpe, sobrepuja, no obstante, la monótona pasividad que tienen los caracteres en su estado habitual. La copa que produce ese contento irreflexivo, comunicativo, despreocupado, es la copa bendita del olvido, plantío ubérrimo de contentos, de ideas, de inspiraciones, de energías....

Bebamos hasta ese exquisito momento en que los risoteros espíritus del alcohol parecen envolver nuestra alma en un iris de paz que derrama sobre los recuerdos más sombríos los dejos alegres y las sonrosadas medias tintas del vértigo; que la embriaguez incipiente es algo inexplicable que llega hasta nosotros como el hálito afrodisíaco de la Naturaleza y de los mundos; gigantescos altares del dios Amor que se aman, también, á través del éter....

No te reconozcas, pues, vencido, pobre peregrino cansado, y sigue el ejemplo del voluptuoso Hafiz: bebe y olvida.

¿Por qué preocuparnos de lo que haya en el fondo de la copa? ¿Qué puede importarnos su letal amargor, si antes, en el borde del vaso, apuramos todas las dulzuras?

—«Déjame, pues, vaciar mi copa y mirar á Leila»....
Bebamos, amemos....

Mientras la juventud dure, en tanto los nervios vibren y la ardiente sangre moza martillee en las sienes, la alegría es sentimiento precioso que nace espontáneamente en el alma; pero cuando esa acometividad declina marchitada por el desencanto y el triste equipaje de los recuerdos, importa devolver al cerebro y al corazón su perdido vigor abrigándole con el hechicero miraje de una segunda juventud. En eso debe consistir nuestro principal afán, en hacer que la juventud dure toda la vida.

—«¡No es honesto beber!»—dirán algunos puritanos ilusos.

¿Por qué?.... ¿Quién sabe lo que es bueno, ni lo que es malo? ¿En dónde concluye la virtud? ¿Dónde comienza el vicio?....

Vicio, virtud, deber.... ¡palabras, cohetes efímeros de la pirotécnica filosófica! ¿Para qué sirven?....

Boguemos, boguemos,
la barca empujad....

Juan de MAÑARA

TENTACIÓN

Era inútil seguir ergañándose á sí propio con el torpe fingimiento de una felicidad y de un sosiego que no existían. Pepe Lázaro ya no amaba á Enriqueta, no podía amarla por más tozudo empeño que en ello ponía, y dejó de quererla pocos meses después de desposarla, como si la misa de su matrimonio que empezaba, hubiera sido también la fúnebre misa de difuntos rezada por su cariño y su juventud que concluían.

Y lo más extraordinario del caso era que Enriqueta, apesar de su intachable vengustidad, donosura de entendimiento, gentileza, recato y otras muchas cualidades que podían tasarse entre las virtudes femeniles de mejor ley, no era una de tantas mujeres, sino una chiquilla admirable á quien sólo faltaba el endemoniado encanto de lo prohibido.

¡Oh, ninguna mujer, ni aún las más gazmoñas, querrían casarse si supiesen que legalizando su amor empuqueñecen y deslucen su propio valimiento, y que el pecado es el irresistible garabato de las amancebadas!....

Pepe Lázaro que había decidido ser buen esposo á todo evento, no acertaba á comprender que se equivocaba de entero á entero, que no de medio á medio, y que á Enriqueta no le faltaba ingenio ni belleza, sino *eso*, la orla con que el crimen embellece la frente de las pecadoras, el hechizo mágico de lo prohibido, que ha de buscarse fuera de casa.

Enriqueta no le inspiraba celos; con ella no sentía ese íntimo rebrinqueteo de placer y de temor que precede á las citas clandestinas; placer porque va á venir la mujer esperada y temor de que no venga; ni gustaba tampoco ese goce secuela preciosa de una entrevista largo tiempo deseada, ni la inquietud de la separación, que muerde y acicatea al amor, ni todos esos peligros con que tienen que habérselas los amadores vagabundos que cazan en vedado... Mientras á Enriqueta la veía á todas horas y con todo espacio, la sentaba en su propia mesa, y la retozaba en su propio lecho.... Aquel magnífico tálamo blando y tibio en que los dos parecían dormir separados por el perfil macabro de una ilusión amortajada.

* *

De aquella evolución lamentable debió de apercibirse Enriqueta, que á fuer de mujer enamorada estudiaba á su marido con prolijo afán; aunque su candidez era mucha, no por eso dejó de maliciar las inquietudes adulterinas de Pepe Lázaro, y al fin llegó á persuadirse de que el cariño de éste se batía en retirada y



de que no podría reconquistarlo sin algún novísimo sortilegio.... Y entonces y por primera vez advirtió, ruborizándose, que á ella le faltaba *eso*.... *eso* tan despreciable y tan deleitoso, que no tiene ninguna mujer casada; y, como á Pepe Lázaro le amaba ciegamente, no sintió la humillación de su desvío, sólo vió la horrible posibilidad de perderle, y se dió á pensar en el medio de rehabilitarse á sus ojos, aunque para ejecutar tan prodigioso milagro tuviese que dejar de ser quien era y rebajarse á ser.... una de tantas....

Era imposible deshacer lo hecho, pero desde luego podía remediar algunos de los yerros pretéritos, como hábil cocinera que cata y sazona nuevamente el plato que dejó soso y falto de aliño, y salpimentar la exis-

tencia monótona del matrimonio con irregularidades y antojos que recordasen la vida inquieta y bullidora de la mancebía.

Pepe Lázaro supo apreciar aquel delicado manejo y ambos, sin previo acuerdo ni explicación, se aunarón en el mismo vehemente deseo y emprendieron bravamente la difícil tarea de vivificar su felicidad agonizante; y entonces comenzó una larga serie de bailes, de giras campestres, de viajes....

Más de un año duró aquella especie de carrera loca en pos de una felicidad moribunda y fugitiva, y durante este tiempo el carácter de Enriqueta cambió. Era más dicharachera, más libre de ademanes, más despreocupada, y sus ojos cascabeleros solían iluminarse con chispazos de regocijo impúdico y canallesco.... Pero, en aquello no había que parar mientes, ya que se querían lo bastante, por lo menos, para continuar esforzándose en quererse mucho.

*
* *

Aquella dañina corriente crecía, crecía.... y Enriqueta llegó á tener un capricho extraordinario: hasta allí habían frecuentado lugares honestos y comido en hoteles de rango; pero entonces la joven quería cenar en uno de esos gabinetitos reservados que se estilan en los ventorros y colmados que frecuenta y enriquece la gente jaranera. Aunque continuaba siendo virtuosa, empezaba á cansarse de parecerlo; quería que los desconocidos la tomasen por querida de Pepe Lázaro, por una mujer del mundo, por una de tantas.... y conocer por sí misma aquellos rinconcitos en que la viciosa juventud consuma sus orgiásticos sacrificios.

—Pero, ¿te has vuelto loca, mosquita?....—exclamó él.

—¿Qué puede sucederme yendo contigo?

—Nada, claro es.... pero eso de que nos crean....

—Mejor, ¿por qué nó?.... Así te parecerá que llevas de bracete á otra mujer. Mas te advierto que quiero ir al sitio que más frecuentaste de soltero; tal vez haya aún algún camarero que te conozca. ¿Saben que te has casado?

—No.... creo que no....

—Pues, anda, compláceme; te lo ruego con toda mi alma.

Realmente, á Pepe Lázaro no le pareció descabellada la ocurrencia, también le halagaba que le creyesen soltero y gozando ogaño como antaño de su libertad, y tras algunos circunloquios y fingidos titubeos, se dejó llevar.

Mientras se dirigían al colmado favorito de Pepe Lázaro, ella se aferraba nerviosamente al brazo de su marido, revelando un contento extraordinario.

—¿Así habrás ido otras veces, calaverón?—decía.

—¡Vaya!

—¿Las quisiste mucho?

—¡Quién se acuerda!.... Picardihuelas de estudiante....

Al Colmado entraron por el zaguán de la casa, abriendo una puertecilla disimulada por una pesada cortina. El corazón de Enriqueta latía violentamente; por aquella puerta y bajo aquel cortinón pasaban todos los galanes y todas las heteras más en boga del Madrid trasnochador; en aquel mismo quicio envuelto en una penumbra tentadora las habrían abrazado y besado, y ella entraba por allí también, de noche, como una de tantas.... Y Enriqueta se congratuló de llevar tan bien puesta la careta del vicio. Después avanzaron por un corredor al que daban varias puertas numeradas. Un camarero se les acercó diciendo:

—¡Caramba, don José! Tanto tiempo....

—Es cierto.... Venga un cuarto.

—Aquí tiene usted el suyo, el número 3.

Era un gabinetito alfombrado, sin otro mobiliario que el indispensable; una mesa y varias sillas, y en el fondo una anaclítera debajo de un espejo con marco negro: en la luna, surcada de rayas, se leían algunos nombres de mujer. Enriqueta lo examinaba todo: la mesa, esas mesas de orgía en las que primero se come y luego se baila; el espejo, aquellos nombres; Petra, Lola.... Todas habían estado allí, como ella, y se habían echado en aquella anaclítera, testigo mudo de tantos sacrificios venusiacos. Pero no, Enriqueta comprendía que la semejanza entre ella y las otras no era perfecta: allí faltaba el amante, ó sobraba el marido....

Pepe Lázaro se había sentado junto á ella y la incitaba á comer y á beber como el más solícito y engatusador de los amantes; y Enriqueta, con las mejillas arreboladas por los vapores del jerez bebía sin tasa, queriendo ahogar con vino los vacilantes residuos de su virtud. El también trasegó más de lo justo; y obedeciendo al mismo latigazo de deseo, fueron á sentarse sobre el sofá sintiendo que delante de sus ojos empezaban á bailotear una comparsa de luces verdosas. De pronto ella preguntó:

—Dime la verdad: ¿has tenido muchas queridas?

—Sí, muchas.

—¿Cuántas, diez?....

—¡Más!—repuso él riendo.

—¿Treinta?

—Tal vez.... una más ó menos.

—¿Solteras todas?

—Y viudas y casadas.

—¡También casadas!.... Es raro. ¿Por qué hacías eso? ¿No son todas las mujeres iguales?.... Estas podrán ser más delgadas que otras, pero, ¿y qué?... Dime, prescindiendo de las apariencias, en la intimidad, no somos todas iguales?

—No. Hay entre ellas, entre vosotras, una diferencia enorme, la novedad. Unas son nuevas, otras no....

—¿Y á mí, me quieres?

—Sí.

—¿Como á las otras?

—Sí; como á las otras.... Me pareces otra.... Y sus ideas se obscurecieron: había bebido mucho y por rara casualidad tenía aquella noche lo que los bebedores llaman, *el vino triste*. Ella apuró un vaso del champagne que acababan de traer y agregó pensativa:

—¡La novedad!.... Según esa razón que acabas de darme y que sólo á medias comprendo, esas mujeres que tienen tantos amantes, la buscarán también.

—Tal vez.

—¿No son todos los hombres iguales?....

—¡Qué sé yo!....

Enriqueta volvió á llenar su copa, pero esta vez no bebió y permaneció inmóvil, contemplando el vino que brillaba como si fuese oro diluído en un buche de agua. Aquella noche su marido la quería más, porque parecía otra.... La novedad fué la comezón hostigadora de los grandes aventureros y de las cortesanas célebres; lo que emponzoñaba el corazón de Pepe Lázaro, lo que pierde á tantas mujeres, lo que extravía y descarrila á tantos maridos....

En medio de su embriaguez, Enriqueta comprendió que á ella también, para vivir feliz y ser una de tantas, necesitaba eso, cambiar.... goce refinadísimo que los casados fieles no conocen. Su marido, sin procurar, se lo había demostrado. No, todos los hombres no deben de abrazar con la misma fuerza, ni besar de igual modo.... Y continuó mirando el fondo de su copa, creyendo que allí iba á deletrear su porvenir,

como María Antonieta lo leyó en el fondo de una botella, y viendo cabrillejar sobre la espumosa superficie del cristal líquido, perfiles de rostros masculinos. Allí, en la novedad, estaba todo: el olvido de las penas, la alegría de vivir, el amor de Pepe Lázaro también.

Y, por entonces, no pasó más: pero con aquellas torpezas y mutuos desvíos quedaron escritos los prolegómenos de su pecado; que el adulterio es un drama que casi siempre componen los casados en colaboración.

Eduardo ZAMACOIS.

VADE RETRO

No me lo recuerdes,
de aquello no hables!...
¡Mi puerta te abría, pasaban las horas,
qué dulces instantes!
Después... á otra puerta
voluble llamaste,

¡quedó el lecho frío, y el fuego apagado,
la muerte en el aire!
¿Y aún osas decirme
de nuevo al hallarme,
que no fui piadoso, que todo lo olvido?
¡Soy viejo... soy padre!

...
¡Aún tengo en mi casa
guardados con llave,
el blanco rosario, y el libro de misa,
que allí te dejaste!

RÁPIDA

LA ETERNA PAREJA

¿Habéis leído las *Escenas de la vida bohemia* que dejó escritas para su mayor gloria aquel gran bohemio que se llamó Enrique Münger?

Es claro que sí. Pues bien, Mussette vive aún y vivirá eternamente. Mussette, la alegre mujercita que canturrea con trinos de pájaro la canción de amores de la primavera de la vida, mientras contempla embebecida á Rodolfo, que sueña despierto mirando las azules espirales del humo de su cigarro, perderse lejos, muy lejos, en la región azul de la esperanza. No morirá jamás Mussette; jamás sus frescos labios de rosa temprana serán marchitos por las inclemencias del tiempo, jamás su blanco pecho de virgen griega anidará el tedio, porque mientras haya sol en los cielos, pámpanos en la tierra y rumores de alas en los bosques, las oleadas de la vida sostendrán incólume ese símbolo de la felicidad que ama y canta perpetuamente.

Mussette y Rodolfo existen y existirán siempre renovados por el amanecer de cada nuevo día, y mientras haya calor en el planeta y la sangre hierva en las arterias, habrá un pecho blanco como la flor de lis que se estreche contra otro pecho apasionado y potente, una boca que cante, unas manos que acaricien, un beso y una carejada de alegría: la alegría de gozar la vida eterna del amor.

¡Todo por nosotros!

Julia se ha levantado al filo del mediodía. La víspera se durmió tarde, después de repasar un volumen de versos de Musset que excitaron su imaginación de extraña manera, y de releer la carta en que Enrique la citaba para el día siguiente, á las doce en punto.

El programa que su amante la ofrecía, era tentador: primero irían á comprar unos zapatitos por los cuales ella se había encaprichado; después irían á almorzar en un ventorro de las afueras, y el resto de la tarde lo divertirían allí mismo, trasegando manzanilla y bailando muy agarraditos al compás del pianillo de manubrio; por la noche irían al teatro, después.... Después Enrique concluía su carta asegurando por cuanto hay bajo el cielo de más sagrado y respetable, que la quería con toda su alma, que aquella pasión



era un incendio sin cenizas, un sol sin ocaso, y que su amor duraría lo que durase su vida.

.... «Mi ilusión eres tú,—concluía diciéndolo,—tú eres mi gloria; adiós, bien mío; recibe el mejor de mis besos, el más largo, el más dulce; tómallo, en la boca»....

Y ella después de leer y releer ávidamente aquellos renglones, cual si quisiera aprendérselos de memoria, se quedó dormida, poseída de dulce quebranto, como aletargada por los afrodisíacos vapores de un ensueño de opio, y con el amoroso billetito apoyado sobre los labios.

A la mañana siguiente, cuando entreabrió los párpados, el sol penetraba por la ventana recortando sobre la alfombra un cuadro luminoso. Julia se incorporó bruscamente y se pasó las manos por sus hermosos ojos negros cargados de sueño: la carta de Enrique yacía sobre el embozo, recordándola los placeres de la jornada: en el reloj de bronce colocado sobre la mesilla de noche, iban á dar las doce.

Entonces la joven saltó del lecho y corrió al gabinete, á fisgar por entre los visillos de la ventana lo que en la calle sucedía: Enrique ya estaba en la esquina, esperándola: ¡y qué guapo iba!.... Con su sombrero cordobés muy echado sobre las cejas, sus pantalones abotinados, sus botas de charol y su capa azul, muy corta y muy *flamenca*, y con más dibujos en la esclavina que alicatados y florituras tienen las paredes de la Alhambra.

Julia permaneció en acecho algunos instantes, atisbando el momento en que él mirase al balcón para hacerle uno de esos gestos encantadores y decisivos con que las ladinas mujeres saben infundirnos resignación, y después corrió á su cuarto de baño.

La cortinilla roja que cubría el único ventanuco de

CAPULLOS DE MUJER

Las niñas son promesas engalanadas con el seductor atavío de la ilusión. En sus cuerpos de columbina pureza empiezan á bocetarse los lujuriantes contornos de la mujer futura: los pechos se insinúan, las caderas se arquean infladas por la voluptuosa puer-



tad que llega, las formas se precisan: y con sus inquietas cabecitas, sus pies blanquísimos que no han caminado hacia el crimen y sus labios reideros que nunca han mentido, son los dijes más preciosos de su sexo.

De una niña puede esperarse todo: todas las ternuras, todas las abnegaciones, todas las bellezas:

—*Sinite párvulos venire ad me.*

la habitación, derramaba sobre las paredes una luz suave; sobre el baño de mármol blanco, dentro del cual dos grifos de bronce precipitaba sus abundantes chorros de agua, había un gran espejo veneciano encerrado en un marco negro.

Julia cerró la puerta del cuarto, colocó sobre la llave un pañuelo para impedir que cualquier ojo indiscreto la viese por el agujero de la cerradura, y después de preparar la sábana conque había de enjugarse, se quitó la camisa con infantil impudicia y empezó á enmendar delante del espejo el desorden de sus cabellos. Enseguida se acercó al baño, cerró los grifos y metió un brazo en el agua para asegurarse de que no estaba fría. Cediendo á un movimiento de quintesenciada coquetería procuraba embellecerse lo más posible, devolviendo á sus carnes blanquísimas de rubia, toda su tersura, toda su frescura y todo su color; y aquel deseo dimanaba, no solo de su ingénita presunción de niña bonita, sino también de un sentimiento altruista; el de corresponder cumplidamente á la pasión de Enrique, ofreciéndosele como la mujer más apetitosa, gentil y mejor abastada de encantos. Ella lo era todo para él; su amada, su amigo, su tesoro único, el dije de su alma.... Y Julia repetía ensimismada:

—Todo para tí....

Abstraída en estas cavilaciones y sabiendo que los minutos pasaban y que Enrique perdía paciencia, abrió el baño cuanto pudo y mientras se secaba y perfu-

maba prolijamente con delicadas esencias; seguía pensando en él; una meditación incolora y voluptuosa de niña enamorada....

Todo aquello era de él; su frente, su cuello, sus brazos, sus pies, la firmeza y morbideces de su persona, todo era de él, propiedad de él, puesto que ella se lo había rendido y entregado, y hasta se creía en el ineludible deber de acicalarse y pulirse para honrarse honrando á su dulce dueño y señor.

Terminada aquella primera parte del tocado, que era la que más detenimiento y espacio requería, corrió á su gabinete. Allí, sentada delante del tocador con piedra de mármol, empezó á limpiarse la dentadura, á perfumarse la boca y á destrenzar sus cabellos; sus manos infatigables iban de un punto á otro, manejando el peine, escogiendo horquillas, destapando frasquitos guardadores de aceites, pomadas y aromosos menjures: entre tanto las tenacillas conque se había de rizar el pelo de la frente y los ricillos locos de la nuca, se calentaban en un reverbero.

El tiempo pasaba, eran cerca de las doce y media, y Julia no daba paz á su imaginación, fantaseando en todo lo que iba á hacer, en la merendona preparada, en los zapatitos prometidos, y en otros innumerables secretillos y pormenores que daban á su ánimo grato esparcimiento.

Después fué á arrodillarse delante del armario en que guardaba su ropa interior.

Aquella parte de su indumentaria era lo que más la importaba; sobre todo, cuando sabía que él, que á fuer de hombre de gusto se pagaba mucho de tales intimidades, había de verla; sus medias negras con filigranas bordadas con sedas de colores, sus mejores pantaloncitos, su mejor camisa de seda con la pechera adornada por una cascada de encajes.... todo quedó elegido y colocado sobre el lecho en un abrir y cerrar de ojos.

Lo demás también fué asunto de poco momento: una vez cambiada de ropa tornó á lavarse las manos, á pulirse las uñas, y luego siguió ajustándose el corsé y ciñéndose las enaguas á toda prisa.... Y á todo esto el recuerdo de Enrique la obsesionaba, girando á su alrededor como un testarudo moscón invisible.

Pero, en fin, ya estaba vestida; con el gabancito abrochado, todos los alfileres bien prendidos y el sombrero en su sitio. Entonces se lanzó fuera del gabinete, corriendo como una loca: al pasar por delante del espejo del recibimiento, su coquetería pudo más que su impaciencia y se detuvo para examinarse por última vez; después se subió las medias, precaución inexplicable, común á todas las mujeres, y salió de la casa dando un violento portazo.

Por fin se la oyó bajar la escalera precipitadamente, como un torbellino de sedas que crujían, de encajes y de enaguas almidonadas.... Iba hermosa, con esa hermosura indiscutible que tienen las mujeres cuando avaloran su hermosura con un rico y elegante atavío;



limpia, perfumada y oronda de que su bien amado la viese así....

¡Todo por él, todo para él!....

Sí; y también, ¡todo por nosotros y para nosotros!

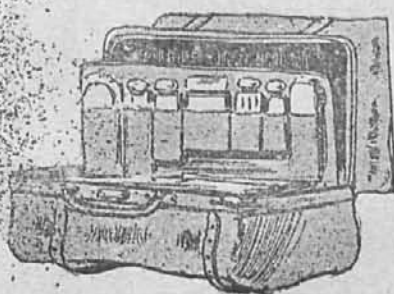
Porque lo que era Julia para Enrique, son todas las mujeres para todos sus amantes. El hombre tiene multitud de quehaceres y de ambiciones que precupan su atención; la lucha por la vida, los ideales políticos, la sed de gloria, el juego.... Pero ellas, creadas como fueron para el amor, viven siempre pensando en nosotros; por nosotros se embellecen, se perfuman, se torturan el talle, se encañonan el pelo, se martirizan los pies.... ¡Pobrecitas!.... y compensan todos nuestros afanes regalándonos con los deleites del amor; esa palanca desquiciadora del mundo.

¡Todo para nosotros!

Es una ley natural.

San Pablo dijo, «que la mujer había sido formada para el hombre, pero que el hombre no estaba hecho para la mujer.»

Y Jorge Sand, que fué ilustre novelista y psicólogo sutilísimo, escribió confirmando la opinión del docto evangelista: «que el amor es un episodio en la historia del hombre, y toda la vida en la historia de unamujer.»



CINCO AÑOS DE MATRIMONIO

(YO Y MI CRIADO)

PRIMER AÑO

—¿Pondré, señor, dos camas en el cuarto de vuestra cariñosa y fiel Sofía?
—No, Fermín, una sola; yo comparto con ella mi existencia noche y día. Los dos un mismo aliento respiramos, sintiendo el corazón la misma llama; ya que un solo querer alimentamos, tendremos una mesa y una cama, y eternamente unidos sin querella, debiéndonos recíprocas albricias, no gozará sin mí, ni yo sin ella, vida, luz y placeres y delicias.

SEGUNDO AÑO

—Ved, señor, si mandáis alguna cosa.
—Te diré lo que tengo proyectado; de mi mujer la alcoba es espaciosa; pon en ella otra cama de contado, que yo la ocuparé, pues me desvelo, y perturbo a Sofía su reposo; descansará mejor.... ¡No quiera el cielo que impida su quietud su amado esposo!.... Mi sueño es turbulento, interrumpido, y el suyo más delgado que una seda; debes, pues, practicar lo prevenido, para que mi adorada dormir pueda.

TERCER AÑO

¡Abrasada estación!.... ¡Tiempo de llama!
¡Qué alcoba tan estrecha! ¡Qué tormento!
—¿Qué remedio, señor?....

—Saca mi cama y ponla en cualquier otro aposento.
—¿Y Sofía?

—Dirásle que mi celo por su comodidad, es infinito, que esta separación, es un consuelo; y aunque a dormir sin ella me limito, mi corazón sensible, enamorado, late por su cariño dentro el pecho, y que mi amor está siempre a su lado.... por más que se separe nuestro lecho.

CUARTO AÑO

—¿Determináis viajar?... Sin perder hora para dos dispondré ropa y recado; pues es claro que iréis con mi señora, a quien idolatráis....

—No has acertado.
Temo el gasto, después la desventura de vuelcos, y celadas de ladrones;

no quiero ver marchita su hermosura con mil padecimientos y aficciones. Solo me marcharé, que es de avisados interrumpir las dichas algún tanto, para que los placeres codiciados vuelvan al corazón con nuevo encanto.

QUINTO AÑO

—Ya gime con furor el ronco viento del invierno aterido y funerario....
¿Y seguirá el señor en su aposento durmiendo como monje solitario?
—Búscame con secreto una morada pequeña, independiente, sin bullicio, porque la soledad mucho me agrada....
Quiero hacer una vida de novicio y lograr mi quietud es mi porfía.
—¿Cuántas camas, señor?....

—¡Solo la mía!!

Cuentos ajenos

EL TUERTO CIEGO

El caballero de la Garza Real se quedó tuerto en un fiero combate. Por la hermosura sin par de una dama, hubo sus dimes y diretes entre el hidalgo susodicho y otro no menos terne ni aficionado a rendir pleito homenaje a las damas de belleza y de alcurnia. En campo abierto, abrazados los escudos, con los lanzones en ristre y montados sobre briosos corceles, encontráronse los dos galanes y de su descomunal pelea resultó con un ojo huero el paladín de la Garza Real.

Pero antaño, como ogaño, las penas pasaban lo mismo que las alegrías, con rápido vuelo, y el herido acabó por resignarse con su desgracia y hasta llegó a persuadirse de que todo aquello no había sido nada. Volvió de nuevo el señor de la Garza Real a sus empresas amorosas y tuvo la fortuna de ser correspondido por la dulce Blanca, virgen de pelo rubio y cutis trasparente, que en una tarde primaveral apacible y serena como la conciencia de un niño, escuchó con agrados los apasionados requiebros de aquel infanzón destinado, por la desgracia, a no ver el mundo más que por un agujero.

Con pompa inusitada se celebró la boda de don Germán de los Gerifalteros, más conocido por su título de caballero de la Garza Real, y doña Blanca de la Rocamora, doncella de singular nobleza y donaire.

Pasaron las fiestas, durante las cuales hubo torneos que no costó a los justadores la pérdida de ningún órgano importante; y cuando se extinguieron los ecos de los alegres cantares y hasta el último fulgor de las luminarias, quedáronse en el solitario castillo doña Blanca y don Germán, gozando las dulzuras de su luna de amor.

*
* *

Pasó el tiempo y sucedió que estando tranquilamente en su morada don Germán, vinieron a decirle que un pelotón de hijos de Mahoma merodeaba por las cercanías. Era preciso aprestar la mesnada e imponer castigo a los infieles. Sonó el clarín, despertando los ecos de las sierras vecinas; mozos y hombres hechos y derechos se apercibieron al combate, y don Germán, armado de



DISCRETEOS

—Es usted muy atrevido y hará que Pepe lo note. (Este Pepe es el marido.)
—¡Si estoy mirando el escote de ese precioso vestido!
—Usted siempre está de broma.
—Y usted, con sus esquivas....
—(A las diez. Hotel de Roma.)
—(No faltará.)
....¡Pequeñeces de las del Padre Coloma!....

punta en blanco y montando un potro de pura sangre cordobesa, salió al frente de las huestes para gloria de la Cruz y en defensa de su señorío.

Desde lo alto de la torre feudal vió doña Blanca perderse á lo lejos el ejército de su dueño. ¡Qué tristeza tan grande tuvo la hermosa castellana! ¡Se habían interrumpido, Dios sabía hasta cuando, los dulces coloquios sostenidos en la callada noche bajo el fulgor pálido y tembloroso de las estrellas!... Quedaba sola en la mansión señorial, echando de menos la grata compañía del esposo....

No obstante, poco á poco fué acostumbrándose al aislamiento. Ciertó que las gangosas dueñas y las doncellitas de cámara la aburrían, pero en cambio recibía con mucho agasajo los obsequios de Roldanuelo, un paje decidó y vivaracho, dejado en el castillo para guardia y custodia de doña Blanca.

Roldanuelo sabía de corrido muchas y muy entretenidas leyendas de moros y cristianos, con las cuales regalaba los oídos de su señora; y tanto se aficionó ésta á los cuentos, que consintió en recibir en su dormitorio al gallardo y avisado conversador que de tan ingeniosa manera la divertía.

Entre tanto, el caballero de la Garza Real había dispersado á los feroces muslines y puesto á su empresa feliz y honroso coronamiento, y regresaba á su castillo al frente de sus huestes vencedoras: pero su impaciencia por ver á doña Blanca era tal, que puso acicates á su cabalgadura y se adelantó á todos corriendo á campo atravesado como alma que el demonio se lleva.

El filo de la media noche era cuando don Germán llegó al pie de la muralla. El guardador del puente levadizo reconoció á su dueño y señor y le dió franca entrada. Ya en el patio, las dueñas, enteradas también de que el señor volvía, abrieron las puertas.... Don Germán subió escaleras, atravesó pasillos, volando, porque el amor tiene alas, y llegó á la cámara donde, soñando con él, estaría doña Blanca.

Aquella noche, como las anteriores, el paje dormía en el camarín de doña Blanca, y con el embeleso de las narraciones ni ella ni el gentil servidor advirtieron la alarma del castillo. De pronto se estremecieron oyendo golpes en la puerta de la estancia y la voz del caballero de la Garza Real, que decía:

—Abrid, doña Blanca, que viene vuestro esposo con ansia de abrazaros.

—Esperad, esperad—contestó ella.

Era preciso buscar una industria para que el paje saliese sin ser visto de su señor y sin que hubiese explicaciones enojosas.

Pasaron unos instantes; cubrió sus desnudeces la esposa, dió instrucciones rápidas al galán para que se ocultase hasta que fuera llegado el momento de huir, y después de avivar la lámpara que junto al lecho ardía, abrió la puerta y don Germán entró.

—¡Señora de mi alma!

—¡Caballero de mi corazón!.... Mas, esperad; acabo de tener una revelación. Un angel se me ha aparecido diciéndome:—Tu esposo ha triunfado de los infieles....

—Verdad, alma mía.

—Y además, en premio, el Señor le ha concedido que vea por el ojo tuerto.

—Eso, no.... no.... que yo sepa.

—Probemos. Cerrad el ojo sano, así....

Y doña Blanca le puso su suave manecita sobre los párpados, preguntando:

—¿No veis nada, mi bien?

—Nada veo.

—Fijáos, porque el angel lo aseguró.

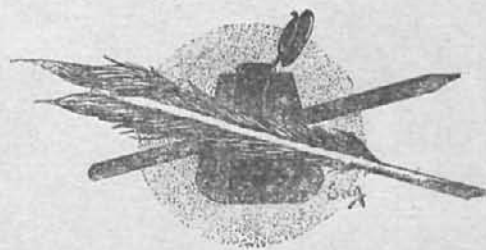
—Os repito que no veo nada.

—¡Por el cielo, que esperaréis un poco!

—Juro que sólo tinieblas percibo.

....Entre tanto, y bajo las propias barbas del caballero de la Garza Real, salió de la cámara el pajecillo Roldanuelo.

(Atribuido á Luis XI.—Siglo XV.)



PREDESTINACIÓN

De un amor callejero vendido por poquísimo dinero nació la Rosalía, y en la cuna fué comprada cual triste mercancía para hacer de un mendigo la fortuna.

Al llegar á la edad de los amores desnuda de alma y cuerpo, sus favores, los cotizó á diario y fué vendida y comprada mil veces y á mil precios en el triste mercado de la vida.

Vieja precoz, desenfrenada y cínica, fué á parar á las salas de una clínica á vender sus dolores; y ya muerta, su cuerpo uno compró, que no sabía de qué murió la tal á ciencia cierta.

Entre instrumentos mil de medicina de una elegante tienda en la vitrina, sobre sus huesos, sin ningún respeto, hay un cartel que dice en letras grandes: «Es de mujer, se vende este esqueleto.»

Ulises BLANZEN

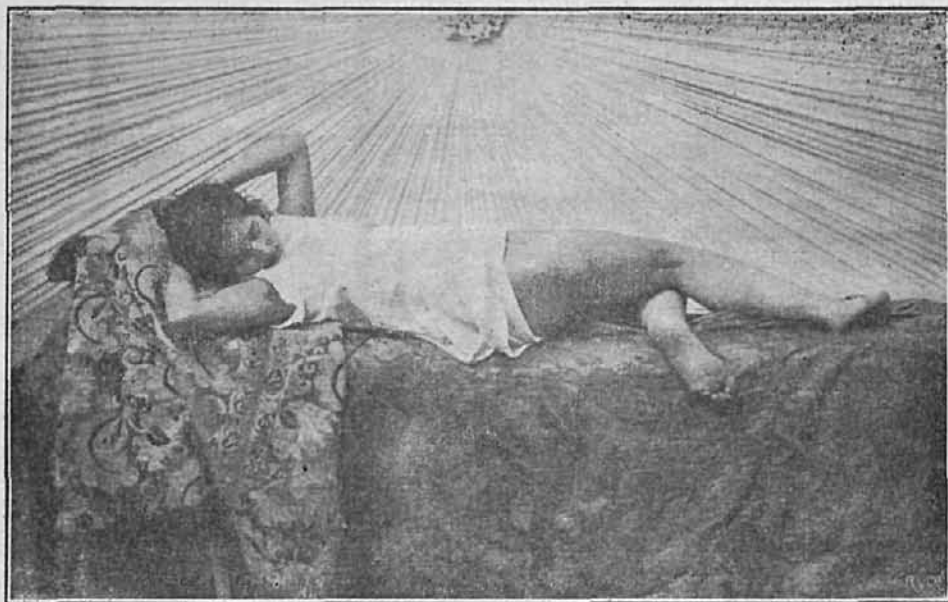
La Virgen triste

—«Había concluido la música y la multitud apiñada en derredor del kiosko empezó á dispersarse bajo la tupida arboleda, siguiendo los caprichosos trazados del paseo. Levantéme de mi rústico asiento, y sorteando los obstáculos de las innumerables sillas de paja, pesadotas y renegridas por la intemperie, vine á encontrarme junto al macizo de geranios. Tenía al frente, medio cubierta por el ramaje de los álamos, la silueta de la fuente de Médicis, y veía en el fondo la

robusta figura de Polifemo inclinado sobre el peñasco que amenazaba desplomarse y aniquilar á Galatea. La tosca barandilla de hierro se reflejaba en la movediza superficie del agua, y sus barrotes se retorcián en una inquieta sombra.

»Me hallaba sola en medio de la gente que pasaba rozándome. Y en aquel aislamiento me decía yo misma, con una voz tenue que sin salirme de los labios me llegaba hasta el alma:— ¡Oh, qué triste estoy! —Y luego me representaba la casita del pueblo, con su portal





de losas y "paredes" blancas; los 'gruesos garfios para atar las caballerías á la entrada, la carreta recostada sobre su lanza en medio del patio, las gallinas encaramadas sobre el carro y allá, en el fondo, el ventanuco del granero, la viga y la polea con su sogá colgante para izar los haces de sarmientos y brazadas de leña.... Se me representaba la escalera empinada, con sus peldaños desiguales y tosco el descansillo con su arcón y el pedazo de tríptico en que un hombre del Norte pintó una Virgen triste con rostro de marfil sobre un nimbo de oro. Pero la Virgen me miraba con sus ojos llorosos, y turbándose mi memoria de los tiempos pasados tornaba al presente y volvía á mi vista la silueta de la fuente de Médicis, la robusta figura de Polifemo inclinado sobre el peñasco, y la linda figurina de Acis sosteniendo sobre su seno la frágil Galatea.

»De pronto sentí que me tocaban en el brazo, y volviéndome halléme con Enrique, tu camarada de la Escuela de Ciencias. Saludóme con su cortesía acostumbrada y hablamos largamente como dos buenos amigos. Enrique me confesó su fastidio, sus pesares. Me habló de esa pobre Ivanowska, la *polaca irredenta*, como la llama el poeta Vártier, y me declaró que se encontraba solo, solo como un hongo entre las raíces de un árbol seco. Poco á poco entró en ánimos, y como empezásemos á pasear en tanto que charlábamos, me cogió de la mano y luego se colgó de mi brazo y después me tomó por el talle.... Yo me reía, y él charlaba.... charlaba...., embriagándose con las palabras y su cara, habitualmente pálida, se coloreaba de rosa como los muñequitos higrométricos que cambian de color con la humedad del aire. Por fin me hizo una invitación á bocajarro....

»Ya se ve, sin dinero, arruinado por la terrible Ivanowska, ¿qué quieres tú que hiciera? Puse á su disposición mi bolsillo; pero como ni él ni yo contamos—me inclino á seguir un curso de aritmética y lo seguiré el año próximo—en dos días nos hemos quedado sin un cuarto.... Ya tienes explicado por qué te pido cinco luises....

Enrique va á reanudar sus estudios. Por mi parte, no quiero continuar estas bromas que me quitan más tiempo del que racionalmente puedo perder en trivialidades amoratorias. Te devolveré ese dinero á fin de mes, al cobrar mis lecciones, ó cuando pase mi artículo quincenal de *La Fronde*, como quieras.... ¡Es tan dura la vida literaria!»

Y María sonrió con una risa amarga, entornando sus bellísimos ojos garzos y levantando su mirada, como si recordase el trozo de tríptico donde un hombre del Norte pintó la Virgen triste con rostro de marfil sobre un nimbo de oro....

I. L. LAPUYA

Paris, Noviembre.

CANTARES

En la puerta de tu casa
he de poner un letrero
con seis palabras que digan:
«Por aquí se sube al cielo.»

De la miel de tus labios
dame una poca,
que estoy malo y me amarga
mucho la boca.

Una mujer y una gata
doméstico yo á la vez;
los arañazos que tengo,
son todos de la mujer.

Lo que me pasa contigo
no lo puedo comprender;
pues yo me veo en tus ojos,
¡y tú no me puedes ver!

En una cajita blanca
que está debajo de tierra,
tengo yo un niño dormido
y unas ilusiones muertas.

Tengo el corazón tan grande,
que cabe en él tu cariño
y el que le tengo á mi madre.



—Todavía no he podido consolarme de la pérdida de aquel hermoso perro. ¡Oh! crea usted, Pepito; hay animales que sienten el amor intensamente. ¿Cuál es, á su juicio, el animal que más quiere al nombre?

—La mujer....

LA CUARTA FUNCIÓN

La gente en el salón se precipita y al mirar su alegría, bien se advierte que es «la cuarta función», punto de cita del Madrid que trasnochó y se divierte.

Sólo allí pueden verse confundidos el mujeriego de vivir galante y algunos centenares de perdidos, gente alegre, viciosa y maleante.

En los palcos, las hembras más en moda lucen el esplendor de su tocado: la Bebé, la Zulú, la Trini, toda la familia reinante del pecado.

Mientras ríen, cambiándose una seña, miran con el curioso impertinente, poniendo su esperanza más risueña en los palcos que ocupan diariamente los chicos del *Veloz* y de la *Peña*.

Con el jardín al brazo, la florista de palco en palco distribuye flores y ofrece á bajo precio una conquista mientras prende el ojal á los señores.

Nadie escucha la obra.... Mala ó buena basta con que distraiga un par de horas: sólo los hombres miran á la escena cuando aparece el coro de señoras.

Las sonoras y frescas carcajadas, las voces, los perfumes excitantes, las citas, al cruzarse las miradas, las luces, los afeites, los brillantes,

todo aquello que vemos enseguida forma un conjunto triste y vergonzoso, y presenta la sala convertida en mercado de amor escandaloso.

Y.... fué casualidad, mas yo te juro.... que no ha de repetirse por fortuna, porque quiero que sepas que procuro no encontrarte ni verte en parte alguna....

Fué una casualidad, pero tan rara, que así la deparó mi mala estrella.... ¡Cómo pudo ocurrir que te encontrara en el teatro aquel la noche aquella!

Te contemplé un instante satisfecho y apenas al mirarte he recordado aquel amor que sucumbió en mi pecho sin clavos y sin cruz, crucificado.

¡Todo acabó!—pensé.—Y el alma llena de tantos desengaños dolorosos, lloró con triste y silenciosa pena la muerte de mis sueños luminosos.

Después la gente, como inmensa ola, nos arrojó al vestíbulo de Apolo.... Quizá por darme celos.... no íbas sola.... Quizá por darte celos.... ¡no iba solo!

José Juan CADENAS



—Es raro, Clementina: tus tres amantes son los hombres más gruesos de la Península. ¿Obedece esto á algún plan? ¿Tienes debilidad por los gordos?....

—Eso consiste, mi querida Gertrudis, en que soy muy filántropa....

—¿Y bien?....

—Que me dedico á la educación y felicidad de las grandes masas.

Buscando cuarto:

—¡¡Porteraaaá!!.... ¿Cuánto renta ese cuarto segundo?

—Veinte duros.

—No es caro; pero me han dicho que en el tercero

vive un profesor de flauta que está tocando todo el día.

—¡Pah! No haga usted caso; el principal lo habita una alumna del Conservatorio que está preparándose para el curso próximo, y no se levanta del piano en todo el día. De modo que la flauta apenas se oye.

—¡Pero se oirá el piano!

—¡Quía, no señor!.... Porque en el bajo hay un taller de calderería....

—¡¡Basta!!....

Quince años cumple Gaspar (que es un muchacho ejemplar), y están sus padres perplejos, sin saber los pobres viejos á qué le han de dedicar.

Uno, á las artes se inclina, y otro, dice que á ingeniero; y él está por la Marina.... (que es una chica divina que hay en el cuarto tercero).

—Ayer me encontré á Miró.

—¿Y qué te dijo?

—¿A mí?.... Nada.

Me pegó una bofetada....

¡Por cierto que me extrañó!

Al pensar en lo mucho que te adoro y en que se acerca sin cesar la muerte, con amargura lloro los años que he vivido sin quererte.



Don Tiburcio, que en vida de su esposa fué un marido ejemplar, entró el día de Todos los Santos en una funeraria á comprar dos coronas: una para su mujer y otra para su suegra.

—¿Quiere usted *siemprevivas*?—le preguntó el dependiente.

—¡Oh, no, *siempremuertas*!—repuso don Tiburcio distraído.

Estaban dos gitanos parados delante de un poste telegráfico, y uno de ellos preguntó al otro:

—Compare, ¿sabes tú er intríngulis der telégrafo?

—Psch....—contestó el compare,—es fácil, y pa que lo entiendas, te pondré un verbigracia: imagina un chuchó, mu largo, que tenga el rabo en Triana, supongamos, y la cabeza en Jerez; si tú tiras del rabo en Triana, deseguí chiyá er perro en Jerez.... Pues ahí lo tienes.

SEMEJANZAS:

¿En qué se parecen los melones á los matrimonios? En que pocos salen buenos.

¿En qué se parecen las mujeres á la fortuna?

En lo inconstantes.

¿En qué se parecen las suegras al viento?

En que murmuran.

¿Y á los sastres?

En que cortan.

¿Y á la muerte?

En que nadie se libra de ellas.

¿En qué se parecen las mujeres guapas al sol?

En que todo lo animan.

¿Y á los montes?

En que tienen faldas.

¿En qué se parecen los rostros de las actrices á las paredes?

En que se pintan.

¿Y sus vestidos á los aduladores?

En que se arrastran.

R. S. LÓPEZ, IMPRESOR.

Las piezas



Pieza falsa.



Pieza húmeda.



Pieza acusadora.



Pieza de convicción.



Pieza secreta.



Dos piezas.

● LA VIDA GALANTE ● Revista semanal ilustrada

RAMBLA, KIOSCO NÚM. 1.—BARCELONA

Precios de suscripción

España y Portugal.—Seis meses. 4 pesetas. Extranjero. . . .—Seis meses. 6 pesetas.
Id. id. —Un año. . 7 id. Id. . . .—Un año. . 11 id.

LA VIDA GALANTE publicará 12 páginas de texto con fotografías relativos á los artículos, cuentos, poesías, actualidades, crónicas extranjeras, teatros, etc., etc.

Redactada por distinguidos literatos. Ilustrada por reputados artistas.

ADMINISTRADOR: RAMÓN S. LÓPEZ